

tual es, hallarme léjos de la santa casa en que he renacido, y no poder ir á ella con la frecuencia que quisiera. Me seria muy dulce poder ir todos los dias; pero será preciso contentarme con ir á pasar un dia cada mes en tan agradable compañía. Me han informado de que á ménos de una legua de aquí hay cierta especie de solitarios que viven juntos con mucha edificacion. Yo quisiera hallar entre ellos una semejanza con los otros que me pudiera suplir su falta, y llenar los momentos que me dejen libres mis ocupaciones. Mañana iré á verlos, pues que su proximidad me lo facilita. A Dios, Teodoro mio.

### CARTA XXXII.

#### EL FILÓSOFO A TEODORO.

**E**N mi última te dije, Teodoro querido, que deseaba ir á ver cierta especie de anacoretas ó solitarios que vivian con edificacion cerca de este lugar; y en efecto, al dia siguiente despues de haber comido, salí con mis hijos al paseo, los dejé al cargo de un criado, y me encaminé sólo al

sitio de su habitacion. Iba meditando las lecciones de mi santo director, que son las delicias de mi alma, y las medito cada dia con una impresion mas viva, porque cada dia descubro en ellas nuevas luces, que ennoblecen mas á mis ojos las ideas de la Religion.

En fin, cuando estuve cerca del lugar indicado, ví una mediana aldea. Pregunté á un hombre dónde vivian los santos solitarios, y me mostró una habitacion, que me pareció muy humilde. Me dirigí á ella, y sin encontrar nadie que me estorbase el paso, me hallé en una especie de huerta con alguna espesura de árboles. Dí algunos pasos, esperando que pareciese alguno para hablarle, y vagando por un lado y otro, divisé una capilla.

Me llevo mas cerca, y veo arrodillado en ella un hombre vestido con un saco: tenia en las manos un crucifijo, cuyos piés acercaba con frecuencia á sus labios, y parecia tener en él fijos los ojos con la expresion del afecto mas compungido. No dudé que fuese alguno de los anacoretas. El respeto y la curiosidad me excitaron el deseo de verle mas de cerca, y observando que un poco mas arriba habia un entretejido de árboles, en cuya espesura me podia esconder, me dirigí á ella con mucha precaucion para no ser sentido. Mi deseo era observarlo sin distraerlo.

Me pareció pálido, macilento, y que estaba cubierto de lágrimas; pero ¡cuál fué mi asombro, cuando mirándole con mayor atención, me pareció ver el semblante de Manuel, de aquel infeliz Manuel, cuya muerte lloraba yo tanto, y cuyo incierto y peligroso destino en la eternidad me tenía en la aflicción mas amarga! ¡Cómo te pintaré, Teodoro, la conmoción que me causó una aparición tan impensada! Yo me estremecí; el corazón no me cabía en el pecho, y una semejanza tan entera me turbó de tal modo, que no sabía lo que me pasaba.

Quería persuadirme, que aquello no era realidad, y que era un sueño, un delirio de la fantasía, un fantasma de la imaginación; pero cuando para desengañarme volví á mirarle con mas cuidado, me hacia temblar de nuevo la identidad de su figura. Algunos momentos duró esta perplejidad, y viendo que cuanto mas lo examinaba, mas me parecia él mismo, no fuí ya dueño de mí. Con un impulso superior á mi prudencia, exclamé gritando: ¡Santo Dios! ¡no es Manuel! ¡Cómo el que yace en la tumba, puede adorarte entre los vivos! Y diciendo esto, con un movimiento indeliberado salí de la espesura para acercarme y reconocerle mejor.

El ruido que hice, y el grito de una exclamación pronunciada con tanta fuerza, sacaron al anacoreta de su profunda meditacion. Alzó la

cabeza, fijó los ojos en mí, me consideró algun tiempo con atención y sorpresa; y levantándose vino hácia mí, diciéndome: No te engañas, amigo, yo soy el infeliz Manuel: ¡por qué vienes á turbar mi amada soledad? Yo esperaba sepultar aquí, ignorado de todos, los restos de una vida cargada de delitos. ¡Qué funesta fatalidad te ha conducido á descubrir un secreto que debia morir conmigo en este retiro solitario!...

Pero ¿qué es esto? ¡Tú lloras? Yo te veo con un traje tan simple, con un semblante modesto, con toda la apariencia de un hombre desengañado y convertido. ¡Gran Dios! ¿tus misericordias se han derramado al mismo tiempo sobre dos corazones que las mismas pasiones habian pervertido? Amigo, explícame presto este misterio: tú me asombros tanto como yo te asombro. La divina bondad me reservaba este consuelo. Era el único que faltaba á los muchos que derraman sin cesar sobre los días de mi penitencia.

Cuando al fin pude sosegar un poco el tumulto de mis sentidos, y me ví en estado de articular palabras, le pedí que nos sentásemos, porque no me podia sostener, y despues le conté con brevedad todo lo que me habia sucedido desde el momento de nuestra separacion, y la falsa noticia de su muerte. El me escuchaba con una admiracion y alegría que no te la puedo ponderar. No hay colores ni pinceles para dibujar

esta escena. Era menester verla en su original, y tener un corazón para sentirla. Después que se informó de todos mis sucesos, después que derramó muchas lágrimas de consuelo, y que dió á Dios las mas rendidas gracias, empezó á informarme de las causas que habian contribuido á la mudanza de su corazón y á la determinacion de abandonar el mundo.

Tú has creído, amigo, y todos nuestros compañeros han debido creerlo, que yo era un disoluto, impávido y temerario; que mi corazón estaba empedernido, que era insensible á todo remordimiento, y superior á toda inquietud; que yo vivia entero contento á mis pasiones, y gozando en nuestra comun depravacion de la calma de una conciencia imperturbable. Así debia persuadirlo á todos la temeridad de mi desenfadada conducta, y así yo mismo procuraba afectarlo; pero ya comprendes que pues yo procuraba afectar esta insensata tranquilidad, no la tenia.

En efecto, amigo, á pesar de todos mis esfuerzos jamas pude adquirirla; jamas pude vencer un importuno y secreto terror que me amargaba todos mis placeres; jamas pude acallar una voz interior que me amenazaba con una eternidad de tormentos; y ahora conozco que muchos ostentan por afectacion vivir tranquilos en el desorden, á pesar del gusano roedor que los devora. Parece incomprendible esta monstruosa con-

ducta; pero tal es la ferocidad de las pasiones: su violencia y la corrupcion de los ejemplos producen y sostienen esta loca é incompatible mezcla de contradicciones.

Yo me mostraba siempre el mas intrépido en todos los delitos, el mas fogoso, el mas resuelto á desafiar la cólera del cielo, y á pesar de mi afectada seguridad, era una continua víctima interior de todos los terrores. Un trueno, un incidente repentino, la menor apariencia de la muerte, me hacian temblar, y destrozado siempre por estas inquietudes, no podia gozar en paz de mis perversidades. No obstante, las multiplicaba, como si el medio de sosegar mis turbaciones fuera hacer mas execrables excesos, ó como si la reputacion de inicuo, que tanto me costaba, pudiera recompensarme de lo que sufría. En fin, como otros son hipócritas de la virtud, yo lo era de la depravacion y de la incredulidad.

Tal era mi situacion, querido amigo, cuando me aparté de vosotros aquella noche para preparar la infame diversion proyectada para el siguiente dia. Mi historia no será larga. Habiendo ya hecho una gran parte del camino, sin saber cómo ni por qué, perdí el conocimiento. Sin la menor preparacion, sin el menor accidente precursor que me advirtiese mi peligro, perdí el uso de los sentidos. Así no puedo dar razon de lo que me sucedió. La única idea de que conser-

vo la memoria es, que al despertar de este fatal letargo me hallé en medio de una sala. Mis primeras percepciones fueron débiles y confusas: todo me inspiraba terror, y no podía distinguir nada; poco á poco se fueron disipando las nieblas que me ofuscaban, y al fin llegué á discernir los objetos.

¿Pero cómo me ví? ¡gran Dios! En un lecho fúnebre, amortajado, con las manos y piés atados, con cuatro luces que rodeaban mi féretro, y una cruz sobre el pecho. Este espectáculo me horrorizó. Volví los ojos á todas partes para examinar si habia alguno, y ví que estaba solo. Quise gritar y no pude, no tanto por falta de fuerzas, como por estar sobrecogido de terror. Entró poco despues una muger; yo la dije algunas palabras mal articuladas: ella se espantó de verme vivo, dió pavorosos gritos, y salió huyendo.

A poco rato vino un hombre vestido con el mismo trage en que me ves. Se llegó á mí con paso lento, como si fuera á mirar si era cierto lo que le refirió la muger, ó como si temiera incomodarme. Viéndome con los ojos abiertos, y oyéndome que le preguntaba qué era aquello, me respondió con mucha dulzura: No os inquieteis, señor, sosegaos: Dios os vuelve á la vida, y espero que vais á recobraros. Al instante empieza á quitarme las ligaduras, me despoja de todos los arreos de la muerte, llama á dos paisanos pa-

ra que le ayuden; entre los tres me transportan á otra pieza, y me ponen en una cama.

Yo les dejaba hacer, sin comprender nada; pero cuando al fin ví que todo estaba hecho, le pregunté por qué me hallaba en aquel estado. El me dijo: De todo os daré razon cuando os vea restablecido y en disposicion de oirme. Ahora estais delicado, y cualquiera impresion fuerte os pudiera hacer mal. Conviene, pues, que reposeis primero, que tomeis algun alimento para reparar vuestras fuerzas, y sobre todo, que no habléis ni os agiteis. Solo os diré, con el fin de tranquilizaros, que en vuestro coche os ha sorprendido un letargo tan profundo, que os hemos creído muerto, y esta es la causa por que os habeis visto en aquel estado; pero Dios os ha conservado la vida. Espero que no será nada, y que en poco tiempo con algunos remedios y mucho sosiego os veréis recobrado. Así, señor, os pido por ahora tranquilidad y silencio.

En este tiempo se iban desenvolviendo mis ideas. La primera fué extrañar el no ver conmigo los dos criados que me acompañaban, y á pesar de sus recomendaciones de silencio no pude dejar de preguntarle por ellos. El me respondió: El uno, señor, persuadido de que ya habiais muerto, partió del mismo camino para avisar á vuestros amigos: el otro yace en el lecho gravemente enfermo. Esta casa es de mi padre,

está solitaria, y en medio del campo; pero mi padre ha ido al lugar mas inmediato para llamar al cirujano. No hay actualmente en ella mas que mi madre y una criada, que es la que se espantó cuando le hablasteis. Ya estais enterado de lo mas preciso, y esto debe bastaros por ahora. Con esto hizo señas á su madre, para que se acercara. Yo la ví, pero volvió á recomendarnos el silencio.

Esta buena muger, y aquel bendito ermitaño me asistieron con mucho cuidado, y me dieron todos los socorros que mi situacion necesitaba. Pocas horas despues me sentí muy aliviado, y casi como si nada hubiera tenido. Dueño ya de mí y de mis ideas, les pedí me contasen mas por extenso todo lo que habia pasado por mí; ellos lo hicieron explicándome, que esta era una *asphixia*, ó muerte aparente, accidente no raro, pero que ellos esperaban no tendria consecuencias. Me volvieron á decir, que Jacinto, que era el criado que se quedó conmigo, no habiendo podido resistir al dolor y á la fatiga, habia caido con una fiebre violenta, y que estaba de peligro.

Todas estas noticias me inquietaron mucho. Este accidente tan impensado y súbito de que acababa de salir, la idea de lo que hubiera sido de mí, si la muerte que me habia rodeado tan de cerca, hubiera descargado el último golpe contra mi vida, y el temor de que me volviese á repetir,

me turbaron mucho el corazon. Se me presentó á la vista con terrible aspecto el envejecido desórden de mi conducta, mis delitos, blasfemias y abominaciones. Ví con horror el profundo abismo en que me encontraba sumergido, y al fin empezó á alumbrarme la luz del desengaño.

Poco despues se apoderaron de mi corazon el pavoroso terror, las angustias devorantes, los feroces remordimientos. Hubiera dado cuanto tenia por salir de aquel estado de congojas; pero no sabia como. No me olvidé de la misericordia divina; pero el peso y la enormidad de mis delitos me abrumaba. Por otra parte ni veia allí á quien dirigirme, ni sabia por donde empezar. Estas mortales agonias me causaban frios y espesos sudores con que me sentia desfallecer. El terror de otro nuevo accidente me redoblaba las angustias.

Lo que mas me afligia era que la suerte me hubiera traído á una casa sola en medio de un yermo, donde no habia un sacerdote que me pudiese socorrer, y esta circunstancia me parecia un castigo de Dios, que no me queria perdonar. Los vuelcos que daba en la cama, los violentos suspiros que me arrancaba la inquietud, y los mal articulados acentos que se me escapaba de los labios, excitaron la atención del ermitaño, que se acercó á mi lecho para ver si necesitaba de algo. Yo le pregunté, qué hora era: me respondió, que

media noche: que su anciana y enferma madre se habia ido á acostar; pero que él me velaba, y estaba allí para asistirme en lo que fuera necesario.

Yo hubiera querido explicarle la causa de mi turbación, pero una falsa vergüenza me detenía. Por otra parte ¿qué adelantaba en descubrirme á un hombre, cuyo traje acreditaba su rusticidad, y que era incapaz de socorrerme en mi deplorable situación? Combatido con esta lucha de temores y desconfianzas, sin ver un rayo de esperanza, ni medio que me pudiera salvar de tanto riesgo, me asaltaron al corazón algunos movimientos de despecho, y no pudiendo resistir á tanto trópel de angustias, caí de nuevo en el mismo accidente. Volví á cerrar los ojos á la luz, y enagenarme por entero.

Quedé tan fuera de mí como la primera vez; pero supe después, que este segundo accidente no fué tan largo como el primero, y que volví en mí á las cuatro de la mañana. Lo que por mí puedo decir es, que habiendo vuelto á recobrar los sentidos con la misma pausada lentitud que la vez primera, me hallé otra vez en el lecho, sin estar bien en mi acuerdo, y que el primer objeto que se presentó á mi vista fué el solitario, que leía en un libro. Di un suspiro, y él vino presuroso con aire alegre; me dijo algunas palabras para consolarme, y me volvió á pedir con

encarecimiento que no hablara, porque todo esfuerzo me seria peligroso. Pero mis deseos eran diferentes; porque entónces ya pude recoger mas pronto mis ideas, y conocí distintamente, que habia estado otra vez en un profundo letargo. Lo que mas me affigia era considerar que caía en tan deplorable estado, sin la mas ligera indicación precedente, y que la naturaleza no me daba el menor aviso; que se repetian los accidentes, pues en tan corto intervalo ya me habian acometido dos veces; que era verosímil me viniesen nuevos ataques; que alguno de ellos, y quizá el primero podia ser el último, y hallarme sin pensarlo en los abismos de la eternidad.

Estas lúgubres ideas volvieron á renovar todas las ansias de mi terror, y sentí que se me erizaban los cabellos. Allí se me representaron como en compendio todos los horrores de mi vida; y se me figuró que no habia remedio para mí; ¿Qué hubiera dado entónces por tener un sacerdote que me aconsejase é instrayese! Porque mi mal no daba tiempo, ó podia no darle á causa de los accidentes que se repetian tan continuos.

Tan amargas reflexiones, que se atropellaban unas á otras, me atormentaron tanto, que no siendo capaz de moderar mis movimientos, empecé á dar voces como un furioso. Mi buen compañero quiso consolarme con sus dulces palabras; pero yo no escuchaba nada, y prorrumplia en dis-

cursos insensatos, sin saber lo que decia. Es natural que se me escapase algo de mis remordimientos y temores, pues aquel buen hombre, des- pues de dejarme sosegar, me dijo: Señor, si te- neis alguna inquietud de conciencia, yo soy sa- cerdote. ¿Vos sois sacerdote? le respondí con ánsia; ¿pero qué importa, si parece que Dios no quiere perdonarme?

Entonces el buen ermitaño empezó á decirme con suavidad algunas palabras para excitarme á confianza. Yo las escuchaba con interes, y me dijo tanto, que al fin mi corazon se abrió á la esperanza. Ni el tiempo ni el modo en que nos hallamos, me permiten referirte la larga é intere- sante conversacion que tuvimos entonces. Bas- te decirte, que yo temeroso de la repeticion del accidente, y gobernado por aquel hombre de Dios, que despues reconocí ser tan sabio como santo, hice una de aquellas confesiones apresura- das á que obliga el miedo de la muerte, con po- co tiempo y disposiciones sospechosas; confesio- nes que solo Dios puede saber si son buenas, y yo le doy muchas gracias de que no ha permiti- do que fuese á darle cuenta con la mia.

No obstante que esta confesion no debia de- jarme satisfecho, conseguí alguna calma con la esperanza de hacerla mejor, si Dios me daba tiem- po. Me sentí algo mas sosegado. El ermita- ño, que yo habia visto hasta allí con indiferencia,

porque me habia parecido lego é ignorante, ya me inspiraba un gran respeto. Su calidad de sa- cerdote, de que no tenia ántes idea, me hacia le mirase con otros ojos, y su prudencia, celo y ca- ridad me habian ya ganado el corazon. Por otra parte este hallazgo súbito é impensado, esta di- cha de haber encontrado en él contra todo mi es- peranza un ministro de la Religion, excitó en mí la reflexion de que Dios me le habia deparado pa- ra remedio mio, y este pensamiento me llenó de indecible consuelo.

Yo resolví pues dejarme conducir por él, mi- randole como un ángel venido del cielo, que la misericordia divina me habia enviado. Su celo no se desmayó un instante, y aunque observé que procedia con mucho miramiento por el temor de fatigarme, ví tambien que aprovechaba todos los momentos, y que me hablaba sin cesar, aunque con mucha dulzura, de la bondad de Dios, de su deseo de perdonar al verdaderamente arrepenti- do. En fin, se valia de todos los medios para des- ahogar mi corazon, y para avivar mi confianza. Todo su afan era excitarme á contricion, amor y propósito de mudar de vida.

En este tiempo volvió el amo de casa, trayen- do consigo un cirujano, que me suministró algu- nos remedios. Su venida me pareció tambien muy oportuna para el infeliz Jacinto; pero ¡ay! no le pudo salvar: su calentura le arrastró al se-

pulcro, y yo tuve el consuelo de saber, que por lo ménos murió en las manos de mi buen director, que le confesó y le auxilió en sus últimos alientos. ¡Cuántos nuevos remordimientos se avivaron en mi alma con la muerte de este criado que tenia tanta parte en mis iniquidades! ¡Cuántos nuevos motivos de agradecimiento de que Dios se dignase darme mas tiempo para prepararme mejor á una saludable confesion!

Dos dias mas se habian pasado en este estado sin que me volviese á atacar el accidente. Yo me sentia tan recobrado, que me quise vestir, y lo hice sin peligro. El santo ermitaño me asistia á todo, y me servia hasta de criado. Yo me confundia de ver un hombre á quien veneraba, ocuparse conmigo en tan bajos oficios; pero su humildad no reparaba en nada, y la necesidad me forzaba á recibir sus obsequios.

Cuando estuve vestido me hizo sentar, y poniéndose de rodillas me dijo: El primer paso despues de recobrar la salud sea, señor, dar gracias al Autor de todo bien por este beneficio, y prometerle de nuevo una entera reforma de vida, y empezar desde ahora á preparar con tiempo y despacio una buena confesion general, que repare los inevitables defectos que ha podido tener la pasada: una confesion, que os abra con seguridad las puertas de la misericordia divina, los brazos de nuestra santa Madre la Igle-

sia, y que os establezca mas firmemente en su divina amistad.

Este discurso y el ademan fervoroso y caritativo con que me lo dijo, me conmovieron mucho. Las lágrimas me vinieron á los ojos. Yo pensé tambien ponerme de rodillas; pero me lo embarazó, diciéndome, que Dios no queria mas que el corazon. Con este motivo se levantó él mismo, y yo confirmé todas las promesas que pedia de mí. Despues se sentó á mi lado. Pero cómo es posible te repita todo lo que me dijo este siervo del Señor acerca de lo poco que hay que fiar en una confesion hecha tan de prisa, y únicamente inspirada por el temor de la muerte? ¡cuánto era necesario que empezase á hacerla de nuevo, aplicándome á ejecutarla con todo el ardor de mi alma, y con sentimientos mas dignos del Dios de misericordia, que me daba tiempo, y me llamaba visiblemente á la enmienda de mi vida! Este santo hombre me hizo deshacer en llanto. Yo le respondí, que pues el cielo le habia destinado para mi bien, estaba dispuesto á dejarme conducir por sus consejos, y que haria cuanto me mandase. El me replicó, que pues aquellos accidentes eran tan súbitos y traidores, era prudente no malograr un instante; y desde el momento mismo volvimos á renovar las memorias de mi confesion primera, y á desenredar la enmarañada madeja de mi desastrada vida.



Tres dias habiamos dado ya á este ejercicio, cuando estando ocupados en él, se avisó al ermitaño, que un propio le buscaba con una carta, que leyó en mi presencia. Advertí en su semblante una sensible alteracion, y preguntándole el motivo, me dijo: Es, señor, una novedad, que siento mucho; porque me pone en la precision de hacer un viaje, y separarme de vos por algun tiempo. Mi comunidad me llama; uno de nuestros compañeros está en el artículo de la muerte, y desea que yo le asista en sus últimos momentos.

¡Y qué, amigo! le dije yo asustado, ¿me abandonaréis en estas circunstancias? Es imposible me respondió, que pueda negarme á oficios que son entre nosotros de la mas estrecha obligacion. Espero, que de un modo ú de otro presto estaré de vuelta, y volverémos á anudar el hilo, que dejamos suspendido. ¡Pero si entre tanto, le repliqué yo con viveza, me sorprende otra vez el parasismo? No lo querrá Dios, me volvió á decir: el Señor no empieza sus obras para dejarlas imperfectas.

Yo quedé sumergido en el mas profundo dolor. El queria que miéntras se disponia su viaje, renovásemos nuestra confesion, pero yo no estaba en estado. Mi turbacion era extrema; y me sentia desfallecer. El me hizo reflexionar de nuevo las razones que le hacian este viaje in-

dispensable, y con este motivo me explicó que su comunidad se componia de doce individuos que voluntariamente se habian unido con la intencion de vivir en comun, y ejercitarse en actos de religion y penitencia: que siendo todos legos habian buscado un sacerdote para que viviese con ellos, les dijese la misa, y les administrase los sacramentos: que á pesar de su indignidad habian echado los ojos sobre él, y le habian hecho esta proposicion, y que él la habia aceptado con mucha complacencia.

Me añadió, que hacia tres años que esta comunidad se habia establecido á doce leguas del lugar donde estábamos, en una casa que pertenecia á uno de ellos, y que habia cedido para el uso de todos: que en ella se habia erigido una capilla con licencia del obispo y de los magistrados: que él habia vivido allí continuámente desde su principio; pero que su madre le habia hecho tantas instancias para que la viniese á ver una vez ántes de morir, que él habia creído no deber negarse á su tierna solicitud, y que con licencia de sus compañeros habia venido con el designio de pasar pocos dias en compañía de sus padres, y con la precaucion de haber dejado á su superior noticia de su paradero, para que le avisasen si habia necesidad de su ministerio.

Ya veis, señor, concluyó, que yo soy el único sacerdote de aquella casa: ¿cómo puedo pues de-